

***Ser una persona apropiada en la iglesia,
en el ministerio y en la obra***

Lectura bíblica: Ef. 2:10; Fil. 2:13; Ef. 3:17a; 4:16; Mt. 16:24; Ro. 12:4-5

Día 1

I. El principio rector en la obra de Dios es el de ganar personas, y al ganarlas, Dios consigue la manera de proceder y llevar a cabo Su economía (Hch. 9:15; 13:1-2):

- A. Lo que debe ser prioritario para nosotros no es hacer una obra para Dios, sino permitir que Él obre en nosotros forjándose en nuestro ser (Ef. 2:10; Fil. 2:13).
- B. La obra única que Dios realiza es la de forjarse, en Cristo, en Sus escogidos, haciéndose uno con ellos a fin de obtener el Cuerpo de Cristo (Gá. 4:19; Ef. 3:17a; 4:16).
- C. No se trata de que llevemos a cabo una obra para el Señor, sino que Él mismo obre en nosotros; por tanto, no somos meramente obreros del Señor, sino que somos la obra misma del Señor (2:10).
- D. En la iglesia, nada reviste mayor importancia que la persona; la persona es mucho más importante que la obra (2 Ti. 2:20-22):
 - 1. Lo que somos es más importante que lo que hacemos.
 - 2. No podemos servir a Dios más allá de lo que somos en nuestra persona.
 - 3. La clase de persona que somos determina la clase de fruto que producimos (Mt. 7:17-18).
- E. Si nuestra persona no es la apropiada, quizás edifiquemos algo mediante nuestras acciones, pero será mucho más lo que derribemos por causa de lo que somos.

Día 2

II. Si hemos visto el Cuerpo, nos conduciremos en la iglesia, en el ministerio y en la obra de tal manera que no manifestaremos ambición, ni jactancia, ni tampoco haremos comparaciones ni acusaremos a otros por sus errores (Ro. 12:4-6a; 1 Co. 12:12-27):

Día 3

- A. No debíamos intentar hacer ostentación alguna de nuestra obra ni tampoco debíamos jactarnos de ella.
 - B. No debíamos atribuirnos el mérito de nuestro éxito ni tampoco debíamos ser renuentes a renunciar a nuestra obra.
 - C. Jamás debíamos considerar lo que hacemos más excelente que lo que hacen los demás.
 - D. Al realizar la obra del Señor, debemos concentrarnos simplemente en laborar, en morir y resucitar a diario, y en vivir y andar en el Espíritu (15:10, 31, 45b, 58; 16:10; 6:17).
- III. En la iglesia, en el ministerio y en la obra, es imprescindible que tengamos cuidado de ser orgullosos (Pr. 16:18; 1 Ti. 3:6; 6:3-4):**
- A. Toda persona orgullosa sigue a Satanás, y en consecuencia, será juzgada juntamente con él y sufrirá el juicio que Dios preparó para Satanás (3:6).
 - B. Toda rivalidad en la obra del Señor es indicio de ambición y orgullo (Fil. 1:15-17; Jac. 3:16).
 - C. Preocuparnos por nuestra reputación, así como no cuidar de la dignidad de los demás, es señal de orgullo.
 - D. Hacer referencias a nuestra propia capacidad, éxito, perfección y virtud constituye una forma de orgullo.
 - E. Si deseamos llevar la vida que es propia del Cuerpo de Cristo, no debemos tener más alto concepto de nosotros que el que debíamos tener (Ro. 12:3).
 - F. El orgullo equivale a ceguera y tinieblas (Jn. 9:39-41).
 - G. Si no cooperamos con el Señor permitiéndole aniquilar de nuestro ser la ambición, el orgullo y la justificación propia, y si no somos conformados a la muerte de Cristo, entre nosotros se producirán divisiones (Fil. 3:10).
- IV. En el recobro del Señor tenemos que evitar los siguientes factores que causan división:**
- A. Intentar realizar una obra adicional dentro de la obra del recobro del Señor, la cual es única.

- B. Considerar que una región en particular es nuestro territorio y mantenerla separada de la única obra del recobro del Señor, la obra que se realiza con miras a Su Cuerpo universal.
- C. No permitir que nuestra labor se mezcle con la de otros (1 Co. 1:12; cfr. Hch. 15:2, 4; 21:17-20a).
- D. Abrigar la secreta expectativa de llegar a ser alguien prominente en la obra del Señor.
- E. No cuidar de que se mantenga la unanimidad en el recobro del Señor (cfr. 1:14).

Día 4

V. Debemos seguir a otros de la manera correcta; esto es, debemos tener mucho cuidado en seguir a cualquier colaborador por el cual sentimos especial aprecio y hacia el cual nos sentimos especialmente atraídos (1 Co. 4:16; 11:1; 1 Ts. 1:6; 2 Ti. 3:10; He. 13:7):

- A. Aquel a quien sigamos debe ser una persona que ama al Señor, que vive para el Señor y que ha renunciado a su yo, a su vida natural, a sus propias preferencias y a toda ambición personal.
- B. Aquel a quien sigamos debe ser alguien que se ciña a la revelación completa de las santas Escrituras sin torcerlas ni tergiversarlas (2 Ti. 2:15).

Día 5

VI. Al llevar a cabo el ministerio neotestamentario de Dios, tenemos que aplicarnos a nosotros mismos la norma establecida por el Señor Jesús en Su ministerio, la cual consiste de los cinco aspectos siguientes:

- A. No debemos hacer nada que provenga de nuestro yo (Jn. 5:19).
- B. No debemos realizar nuestra propia obra (4:34; 17:4).
- C. No debemos hablar ninguna palabra por nuestra propia cuenta (14:10, 24).
- D. No debemos hacer nada por voluntad propia (5:30).
- E. No debemos buscar nuestra propia gloria (7:18).

VII. Para nosotros, tal como fue para el Señor Jesús, no debiera haber distinción alguna entre vida, obra y mover (Mr. 1:14-45):

- A. El Señor laboraba todo el tiempo y en todo lugar porque Su vida, Su obra y Su mover eran una sola; es decir, Su vivir correspondía a Su obra y a Su ministerio.
- B. Así como la vida del Señor era Su obra, así también la vida de nosotros los cristianos debe ser nuestra labor (Fil. 1:20-22a).

Día 6 **VIII. Lo que nos impide captar la visión del Cuerpo y poner en práctica la vida del Cuerpo, es el yo (Col. 1:18; 2:18-20, 23; 3:15):**

- A. El Cuerpo es contrario al yo, y el yo es el enemigo del Cuerpo.
- B. Cuando está presente el yo, no está presente el Cuerpo; cuando está presente el Cuerpo, no está presente el yo (Mt. 16:18, 24).
- C. Debemos negarnos a nosotros mismos e identificarnos plenamente con el Cuerpo; si así lo hacemos, la vida que llevemos será por completo la vida del Cuerpo, y el Señor obtendrá la expresión de Su Cuerpo (v. 24; 1 Co. 12:27; Col. 1:18; 3:15).

IX. Una persona que conoce el corazón de Dios y que, a los ojos de Dios, es un vencedor, es alguien que vive en el Cuerpo y que pone en práctica la vida del Cuerpo (Ro. 12:4-5):

- A. Tal clase de persona no es espiritual de manera individualista ni tampoco consigue vencer de una manera individualista; más bien, ha entendido con toda claridad que es un miembro del Cuerpo (v. 5; 1 Co. 12:12, 15, 20, 25).
- B. Lo más importante es si vivimos o no en el Cuerpo.
- C. El hecho de que estemos en el Cuerpo, siempre tendrá valor eterno a los ojos de Dios.

Alimento matutino

**Ef. Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo
2:10 Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de
antemano para que anduviésemos en ellas.**

**Mt. ...Todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol
7:17-18 malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar
malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos.**

El servicio de los ancianos está íntimamente relacionado con la persona de los ancianos. Su servicio no depende de ciertos métodos, sino de la clase de persona que el anciano sea. Al leer el Nuevo Testamento es muy difícil determinar cuál es el método apropiado para servir o el camino que debemos seguir en este servicio. En algunos pasajes aparentemente se nos habla sobre el método o el camino, pero en realidad el énfasis recae en la persona misma. La persona misma de aquel que sirve es tanto el método como la obra misma del Señor. Si Dios no ha ganado para Sí a la persona misma, no tendrá obra alguna ni tendrá el camino por el cual puede proseguir. Un camino es la trayectoria que una persona sigue. Si Dios no ha conquistado a dicha persona, ésta carecerá de un camino por el cual seguir. Los hombres piensan que lo más importante es determinar la mejor manera de realizar algo; sin embargo, la obra de Dios no consiste en proveernos métodos o maneras de realizar algo, sino que consiste en conquistar plenamente a las personas. Si Dios pudiese obtener a dos o tres hermanos aquí y ganarlos plenamente para Sí, entonces tendrá un camino por el cual avanzar. Aun si yo le enseñara a usted la mejor manera en que puede llegar a ser un buen anciano, ello no le serviría de nada si su persona no es la apropiada. Somos nosotros, las personas, quienes debemos ser conquistadas, ganadas, por Dios. Es más importante que aprendamos a ser las personas apropiadas que aprender a actuar correctamente. Hacer las cosas de la manera correcta carece de todo significado si la persona que las hace no es la apropiada. Lo que somos se manifiesta en lo que hacemos. No podemos servir a Dios más allá de lo que somos en nuestra persona. En su libro, *Unión y comunión*, el famoso misionero Hudson Taylor afirmó que lo que somos es más importante que lo que logremos realizar. Estas palabras dejaron una impresión indeleble en mi ser. (*Messages Given during the Resumption of Watchman Nee's Ministry*, págs. 59-60)

Lectura para hoy

Si el corazón de una persona es el apropiado, tal persona será una persona apropiada. Aun si ella comete errores, no se desviará mucho.

Incluso cuando se equivoque, no se desviará demasiado. Que usted llegue a ser una bendición para otros estará determinado por la clase de corazón que usted tenga. Si usted es una persona apropiada, a dondequiera que vaya, se convertirá en una bendición allí. Pero si el corazón de una persona no es el apropiado, aun si esta persona lograra realizar obras de gran magnitud, no será de bendición para otros. Algunas personas se han convertido en verdaderos problemas para nosotros, no a raíz de lo que hicieron, sino debido a su persona. La función de nuestra conciencia consiste en indicarnos lo que es justo; pero la función del corazón es diferente, pues nuestro corazón únicamente determina si vivimos para Dios o no. Nuestro corazón debe estar puesto en Dios mismo, y no en las obras que realicemos.

Si su corazón es atraído por el amor del Señor, usted estará dispuesto a entregar su vida al Señor. Ésta es una verdad muy sencilla y directa. Usted podrá ayudar a los demás en la misma medida que usted mismo haya logrado avanzar y en proporción a cuánto haya podido aprender. Si tan sólo una cuarta parte de los que están entre nosotros pudieran ser usados por Dios de esta manera, en unos cuantos años, la iglesia crecería en número de unas cien o doscientas personas a unas mil o dos mil personas, y la calidad de aquellos que fueran ganados sería superior a la de los cien o doscientos que tenemos actualmente. Lo que hará descender la bendición de Dios sobre nosotros no será el hecho de haber tomado el terreno de la localidad ni tampoco nuestras doctrinas; el factor determinante será la persona misma.

No creo que haya nada más real que los asuntos que pertenecen a la esfera espiritual. Nadie puede engañar a Dios. Tampoco es posible engañar a los santos ni engañarse uno mismo. En cuestión de dos años, ustedes verán el efecto de las palabras que les dirijo el día de hoy. La clase de persona que ustedes sean determinará la clase de hijos que producirán. Los que aman al mundo, producirán cristianos que aman al mundo. Los hermanos y hermanas que procuran estar a la moda —si acaso logran salvar a alguna persona—, producirán creyentes frívolos y superficiales. Aquellos que tienen problemas con su mal genio, producirán cristianos que se enojan con facilidad. Todo buen árbol produce buenos frutos, y todo árbol malo produce malos frutos (Mt. 7:17-18). Así, pues, la clase de persona que seamos determinará la clase de fruto que produzcamos. (*Messages Given during the Resumption of Watchman Nee's Ministry*, págs. 192, 62-63)

Lectura adicional: Messages Given during the Resumption of Watchman Nee's Ministry, mensajes 10, 14, 20, 22, 24, 33

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

1 Co. Ahora bien, vosotros sois el Cuerpo de Cristo, y 12:27 miembros cada uno en particular.

15:10 Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y Su gracia para conmigo no ha sido en vano, antes he trabajado mucho más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo.

31 Os aseguro, hermanos, por la gloria que de vosotros tengo en Cristo Jesús Señor nuestro, que cada día muero.

58 Así que, hermanos míos amados, estad firmes e inconmovibles, abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que vuestra labor en el Señor no es en vano.

Cualquier cosa que hagan ustedes, si predicán el evangelio o van a las aldeas o van a los Estados Unidos o dirigen un entrenamiento, nunca consideren que lo que hacen es más excelente que lo que hacen los demás. Además, no se comparen a sí mismos con otros de modo que se desanimen porque les parece que no les va tan bien como a los otros. Nosotros no debemos tener ninguna de estas cosas. Sólo sabemos que debemos laborar, que debemos morir y resucitar a diario, y que debemos andar diariamente en el Espíritu, es decir, conforme al Espíritu. En cuanto a lo demás, puedo testificar aquí que tal responsabilidad le compete al Señor. (*La cumbre de la visión y la realidad del Cuerpo de Cristo*, pág. 61)

Lectura para hoy

Necesitamos estar alerta porque todos tenemos ambición; no hay nadie que no la tenga. Nuestra ambición constituye lo que nos perjudica más, lo que más le estorba a Dios, lo que hace más daño al recobro del Señor y lo que acarrea más destrucción al Cuerpo de Cristo. Por un lado, todo el mundo desea ser anciano o apóstol... En nuestra obra por el Señor aspiramos a lograr la predicación más excelente, o a predicar mejor que los demás; también aspiramos a tener una obra más poderosa que otros, a llevar a más personas a la salvación que otros, o a que la iglesia que esté bajo nuestra guía sobresalga entre las otras iglesias. Todas las semillas de la división se encuentran en la ambición. Cuando desaparece la ambición, todas las divisiones desaparecen.

Al colaborar con el hermano Nee, primero noté que él era una persona que no tenía ambición. Sólo tenía interés en laborar y no había en él ambición. Esto representó una poderosa influencia en mi propia vida. En los sesenta años que he estado en el recobro del Señor no he tenido ninguna ambición. Pueden revisar mi historia: ya fuera en Chifú, en Shanghái, o en Taiwán, no tenía ambición alguna. Únicamente me interesaba trabajar y laborar. Después de terminar la obra, cuando el Señor me dirigió a ir a otro lugar, simplemente me fui.

En la obra del Señor no tenemos ambición personal, no nos comparamos con otros, ni competimos con los demás, ni tampoco sentimos envidia de otros. Además, jamás nos fijamos en los errores de otros, sino que siempre consideraremos que otros son más excelentes que nosotros. No se jacten de lo que han logrado, ni sean envidiosos de lo que otros han hecho, ni juzguen los errores de ellos. Aun si tienen pleno conocimiento de que lo que los demás hacen es incorrecto y tiene defectos, no sólo no deben criticarlos, sino que deben ayudarlos. No hemos sido enviados por el Señor para evaluar a otros. Al contrario, hemos sido enviados por Él para ministrar a Cristo a la gente. Debemos aprender a ser humildes. Si hay algo que otros tienen y nosotros no, debemos recibirlo con un corazón humilde. Todo el mundo tiene defectos, pero no hemos sido enviados por el Señor para poner de manifiesto los defectos de los demás. Él nos envió para que ministremos la vida divina y a Cristo mismo a otros.

Finalmente, al hacer la obra del Señor únicamente nos interesa laborar. No debemos intentar presumir ni jactarnos con respecto a nuestra obra. No debemos estar poco dispuestos a renunciar a nuestra obra, ni debemos atribuirnos mérito alguno por nuestro éxito. Cuando partamos, simplemente saldremos dejándolo todo en manos de otros. Nos conducimos de esta manera—sin ambición, sin vanagloria, sin hacer comparaciones y sin culpar a otros sus errores— porque hemos visto el Cuerpo. Como consecuencia, lo que estamos haciendo hoy no es nuestra obra personal, sino la economía de Dios de todas las generaciones, es decir, la edificación del Cuerpo de Cristo. (*La cumbre de la visión y la realidad del Cuerpo de Cristo*, págs. 58-60)

Lectura adicional: La cumbre de la visión y la realidad del Cuerpo de Cristo, cap. 4

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Pr. Delante de la destrucción va el orgullo, / Y antes de la 16:18 caída la altivez de espíritu.

1 Ti. Está cegado por el orgullo, nada sabe, y padece la 6:4 enfermedad de cuestiones y disputas acerca de palabras, de las cuales nacen envidias, contiendas, calumnias, malas sospechas.

Jac. Porque donde hay celos y ambición egoísta, allí hay 3:16 desorden y toda práctica vil.

Ro. Digo, pues, mediante la gracia que me es dada, a cada 12:3 cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí de tal manera que sea cuerdo, conforme a la medida de fe que Dios ha repartido a cada uno.

El apóstol Pablo enseñó que un recién convertido no debe ser uno que vigile la iglesia, no sea que, cegado por el orgullo, caiga en la condenación preparada para el diablo (1 Ti. 3:6) ... Éste es un asunto muy serio. Cuando una persona es orgullosa, sigue a Satanás y, por consiguiente, es juzgada juntamente con él al sufrir el juicio que Dios tiene preparado para él.

El orgullo representa la destrucción. Una vez que usted se vuelva orgulloso, su familia estará destrozada; una vez que se vuelva orgulloso, su vida matrimonial será destruida, y de igual manera sucederá con su trabajo. Recuerde siempre que la humildad le salva a usted de toda clase de destrucción y atrae la gracia de Dios (Jac. 4:6). Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes. Si usted es humilde, la gracia vendrá. Si usted es soberbio u orgulloso, la gracia se irá; pues usted ha obstaculizado la gracia.

Éste es mi entendimiento en cuanto al orgullo. Una persona orgullosa es el peor de los insensatos, y una persona humilde es la persona más sabia de todas. Ser orgulloso es ser el más insensato. (*Cómo ser un colaborador y un anciano y cómo cumplir con sus deberes*, págs. 66-67)

Lectura para hoy

A menudo caemos en rivalidad con otros en la obra del Señor. Por ejemplo, cierto lugar comenzó con treinta personas reunidas y ahora ha crecido hasta alcanzar ciento treinta. Por otro lado, la localidad suya comenzó con cuarenta personas pero ahora sólo tiene sesenta. Si usted no puede soportar que alguien tenga más éxito

que usted, la rivalidad surgirá en su corazón. En el mundo la competencia trae progreso. Pero en el recobro del Señor, la rivalidad no debe existir; pues ésta trae muerte. Debemos declararle humildemente al Señor: “Oh, Señor, soy un siervo inútil. Aunque se reúnan más personas conmigo que con otros hermanos, reconozco que sigo siendo un siervo inútil”. En el Evangelio de Lucas, el Señor nos dijo que después de que un siervo del Señor hace todas sus tareas durante el día, al volver a casa por la tarde, aún tiene que decir a su amo: “Esclavo inútil soy” (17:10). Todos nosotros tenemos que admitir que somos siervos inútiles. No debemos compararnos con otros ni competir con ellos. Si hay aumento en la iglesia donde estamos sirviendo, ello se debe exclusivamente a la misericordia del Señor.

Preocuparse por el prestigio propio y descuidar la dignidad de los demás es un indicio de ambición sutil. Los colaboradores y los ancianos de más edad son más propensos a cometer el error de preocuparse mucho por su prestigio. A menudo tales personas dicen que han laborado para el Señor durante muchos años, que han establecido iglesias en diferentes lugares y que han sustentado ciertas localidades. A ellos siempre les preocupa su prestigio. Toda persona tiene su dignidad, así que usted no debe reprender a ninguna persona descuidadamente. Si lo hace, da a entender que está exhibiendo su prestigio descuidando la dignidad de la otra persona. Esto también es un indicio de la ambición sutil.

Hablar de la capacidad, el éxito, la perfección y la virtud de uno, es ser orgulloso de una manera imprudente. No hable descuidadamente de su éxito, su capacidad, su perfección y su virtud. Más bien, diga siempre al Señor: “Señor, no tengo capacidad alguna ni éxito alguno en Tu obra. Además, no tengo perfección alguna; todo lo que tengo es imperfección. Tampoco tengo virtud alguna; todo lo que tengo es fracaso”. Esto le preservará de volverse orgulloso.

Pablo nos dijo que si deseamos llevar una vida que es propia del Cuerpo de Cristo, no debemos tener más alto concepto de nosotros mismos que el que debemos tener (Ro. 12:3). Nunca se valore demasiado alto; lo más prudente es ser humildes al respecto. Tener más alto concepto de sí que el que debe tenerse, es otro indicio de orgullo. (*Cómo ser un colaborador y un anciano y cómo cumplir con sus deberes*, págs. 67-68, 69)

Lectura adicional: Cómo ser un colaborador y un anciano y cómo cumplir con sus deberes, cap. 4; *Elders' Training, Book 10: The Eldership and the God-ordained Way* (2), cap. 1

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

2 Ti. Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, 2:15 como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que traza bien la palabra de verdad.

3:10 Pero tú has seguido fielmente mi enseñanza, conducta, propósito, fe, longanimidad, amor, perseverancia.

He. Acordaos de vuestros guías, que os hablaron la palabra de Dios, y considerando el resultado de su conducta, imitad su fe.

Si usted es un hombre de carácter fuerte, nadie podrá cambiar sus preferencias, pues insistirá en que su método está bien y en que tiene la razón. Esa actitud no es la correcta. En la vida de iglesia en el recobro del Señor todos tenemos que aprender a ceder, aunque nos duela. Podrían preguntarse: “¿No debemos proteger el recobro?”. Amados, es un error tratar de proteger el recobro. ¿Pueden ustedes proteger el recobro? El hermano Nee dijo una vez que nadie puede proteger la gloria de Dios. Sólo Dios puede hacerlo. ¿Quiénes somos nosotros? Insistir en nuestras preferencias perjudica al recobro en gran manera. Puede ser que su intención sea proteger al recobro de errores, pero en realidad su insistencia en lo que usted juzga correcto es el peor error. Lo correcto es ceder. Solamente podemos hacer esto por la gracia del Señor, pues sin ella, nadie puede ceder en relación con sus preferencias. Quienes nacieron con un carácter fuerte tienen que estar conscientes de que su carácter fuerte porfía en que se lleve a cabo lo que dictan sus preferencias. (*Una exhortación amorosa a los colaboradores, ancianos y los que aman y buscan al Señor*; pág. 61)

Lectura para hoy

Aquel a quien seguimos debe amar al Señor, vivir para Él y renunciar a su yo, a su vida natural, a sus preferencias y a toda ambición personal. Independientemente de cuán competente sea alguien y cuánta sea su capacidad espiritual, debemos preguntarnos: “¿Esta persona que me atrae, renuncia a su yo, su vida natural, sus preferencias y su ambición?”. A veces la ambición está escondida, pero las preferencias de toda persona siempre se manifiestan. Cuando alguien dice que le gusta hacer las cosas de cierta

manera, expresa sus preferencias. Algunas veces las personas me han comunicado sus gustos al venir y decirme: “Hermano Lee, usted es demasiado descuidado. Sabe cuál es la manera correcta de hacer algo, pero cuando los hermanos le proponen ciertas cosas, siempre está de acuerdo con ellos”. Eso es cierto, a menudo hago esto. Interiormente, sé cuál es el camino correcto, pero no hay una sola manera de hacer algo ... Para mantener un espíritu de paz, todos tenemos que aprender a ceder. Para mantener la paz, no discutan y no tengan preferencias. No crean que discutir todas las cosas de antemano ahorra tiempo. Muchos esposos han aprendido esto. En incontables ocasiones, discutir las cosas con sus esposas toma el doble del tiempo que hacerlas. Discutir no sólo es un desperdicio de tiempo, sino que a menudo hace que el esposo y la esposa se enojen el uno con el otro. El mejor método es que el esposo diga: “Querida, lo que digas está bien, hagamos lo que tú dices”. Pero no es fácil seguir este método.

Aquel a quien seguimos debe darle el debido valor a la revelación completa de las santas Escrituras, sin torcerla ni distorsionarla. En 2 Pedro 3:15-16 se utiliza la palabra “tuercen”, donde él dice: “Y considerad que la longanimidad de nuestro Señor es salvación, como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito; como asimismo lo hace en todas sus cartas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indocitos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia destrucción”. De acuerdo con lo que he observado, distorsionar es diferente a torcer. Distorsionar la verdad es simplemente cambiarla un poco o añadirle algo. Por ejemplo, poner una gorra pequeña en mi cabeza, altera o distorsiona la apariencia de mi cabeza. No le quiten ni le añadan nada a la verdad. Tomemos la verdad tal como es; de lo contrario, tal vez digamos con cierta razón que no torcemos las Escrituras, pero de hecho las distorsionamos. Con respecto a aquellos a quienes uno sigue, es necesario observar cuánto respetan la verdad y cómo la exponen. (*Una exhortación amorosa a los colaboradores, ancianos y los que aman y buscan al Señor*; págs. 60-61, 62)

Lectura adicional: Una exhortación amorosa a los colaboradores, ancianos y los que aman y buscan al Señor; cap. 4

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

- Jn. ...No puede el Hijo hacer nada por Sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente.**
- 4:34 Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe Su obra.**
- 14:10 ...Las palabras que Yo os hablo, no las hablo por Mi propia cuenta, sino que el Padre que permanece en Mí, Él hace Sus obras.**
- 5:30 No puedo Yo hacer nada por Mí mismo; según oigo, así juzgo; y Mi juicio es justo, porque no busco Mi propia voluntad, sino la voluntad del que me envió.**

Al llevar a cabo el ministerio neotestamentario, el Señor Jesús nos dijo que Él nunca hizo nada por Sí mismo (Jn. 5:19), que no llevó a cabo Su propia obra (4:34; 17:4), que las palabras que Él habló, no las habló por Su propia cuenta (14:10, 24), que no hizo nada según Su propia voluntad (5:30), y que no buscaba Su propia gloria (7:18). Si nos valemos de estos principios para fijarnos un estándar según el cual juzguemos toda obra cristiana hoy, comprobaremos que casi ninguna de las obras cristianas se conforma a este estándar. ¿Quién podría afirmar que al participar en la obra del Señor no hace nada por su propia cuenta? ¿Quién podría asegurar que al laborar no realiza su propia obra y que al hablar no usa sus propias palabras? ¿Quién podría declarar que no realiza nada según su propia voluntad y que no busca su propia gloria? Si podemos afirmar que cumplimos con estos cinco principios, ciertamente tomamos parte en el ministerio neotestamentario de Dios. De otra manera, nos hemos descarriado.

En esto consiste la etapa que le corresponde al propio Señor Jesús en el ejercicio del ministerio neotestamentario de Dios, y esto es lo que produce la iglesia y contribuye a la edificación de los santos y edifica el Cuerpo de Cristo. Cualquier deficiencia que ustedes tengan con respecto a estos cinco aspectos hará que todo cuanto hagan sea de índole facciosa y cause división. Por tanto, debemos darnos cuenta de que existe una gran diferencia en aquella persona a la cual se le ha dado fin, que no realiza una obra por cuenta propia, es decir, que no está laborando en su propia obra, que al hablar no se vale de sus propias palabras, que no actúa conforme a su propia voluntad y que no procura su propia gloria. Ésta no es solamente una etapa del ministerio neotestamentario de Dios, sino un ejemplo que debemos seguir, el ejemplo de tal clase de persona y tal clase de vida. (*Elders' Training, Book 1: The Ministry of the New Testament*, págs. 50-51)

Lectura para hoy

Mediante la encarnación, Cristo llegó a ser un hombre y, como tal, vivió sobre la tierra. Fue mayor el tiempo que Él tardó para hacerse hombre que el que tardó para crear el universo. Asimismo, el tiempo que tardó para realizar Su obra durante la vida que llevó como humano, fue mucho mayor que el que tardó para hacerse hombre; lo primero le requirió treinta años, mientras que lo segundo, sólo nueve meses. Durante treinta años el Señor Jesús laboró mientras llevaba una vida humana. Tal vez nos preguntemos por qué Él, siendo el Creador, el Dios eterno, dedicó tanto tiempo simplemente a llevar una vida sobre la tierra. Según el relato del Nuevo Testamento, el Señor no hizo mucho durante todos esos años. Pareciera que Él simplemente vivió y no llevó a cabo ninguna obra. Sin embargo, la obra del Señor Jesús consistió, precisamente, en Su vivir humano.

Con respecto al vivir humano de Cristo, no había ninguna diferencia entre Su vida y Su obra. Su vida era Su obra, y Su obra era Su vida ... El vivir del Señor Jesús correspondía a Su obra así como a Su ministerio. Con respecto a Él, destaca una sola cosa: Su vida, la cual era Su obra, Su ministerio. Todo cuanto Él hizo, todo cuanto habló, y todos los lugares que recorrió, todo ello, formó parte de Su vida y obra. Él continuamente vivía y laboraba. Por esta razón, no podríamos determinar cuánto laboró el Señor Jesús. Él laboraba todo el tiempo y adondequiera que iba porque Su obra era Su vida, Su vida era Su mover, y Su mover era Su obra. Esto mismo se aplica a todos los aspectos de la vida del Señor Jesús. No había ninguna diferencia entre Su vida y Su obra.

Así como la vida de Cristo era equivalente a Su obra, de la misma manera, nuestra vida como cristianos debe ser nuestra obra. Esto significa que necesitamos llevar una vida que corresponda al ministerio que llevamos a cabo por el Señor; una vida que sirva de fundamento o apoyo para el servicio que le rendimos a Él. Ya que necesitamos tener tal vida, pasarán muchos años antes de que alguien que desee servir al Señor pueda serle verdaderamente útil en Su ministerio. (*The Conclusion of the New Testament*, págs. 683-684)

Lectura adicional: Elders' Training, Book 1: The Ministry of the New Testament, cap. 3; *The Conclusion of the New Testament*, mensaje 64

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Ro. Porque de la manera que en un cuerpo tenemos 12:4-5 muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo Cuerpo en Cristo y miembros cada uno en particular, los unos de los otros.

Mt. ...Sobre esta roca edificaré Mi iglesia; y las puertas 16:18 del Hades no prevalecerán contra ella.

24 ...Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.

Ahora debemos considerar el asunto de vivir en el Cuerpo. Por una parte, la finalidad del Cuerpo es expresar a Cristo, y por otra, es proveer el servicio corporativo a Cristo. En cuanto a la expresión, el énfasis recae en la vida, y esta vida requiere que vivamos de cierta manera. Tenemos que ver claramente que no sólo nuestro servicio está relacionado con el Cuerpo, sino incluso nuestro vivir. Sin embargo, hablando en términos prácticos, no estamos acostumbrados a vivir la vida que es propia del Cuerpo. Este asunto depende del grado de nuestro entendimiento. Hablando con propiedad, conforme a la revelación del Nuevo Testamento, una persona que verdaderamente conoce lo que se esconde en el corazón de Dios y que a los ojos de Dios es un vencedor, es alguien que vive en el Cuerpo y que practica la vida del Cuerpo; no es una persona que es espiritual individualmente, ni vence individualmente. Al contrario, es alguien que entiende claramente que no es otra cosa sino un miembro del Cuerpo. (*La unidad y la unanimidad según la aspiración del Señor y la vida y el servicio del Cuerpo según Su deleite*, pág. 38)

Lectura para hoy

Ningún miembro puede vivir aparte del Cuerpo; no obstante casi todos nosotros llevamos una vida anormal. Tal vez pensemos que mientras no amemos al mundo ni deseemos el pecado, estamos bien. Pero el hecho es que eso no es suficiente. Lo más importante es si vivimos en el Cuerpo o no. ¿Es nuestro amor por el Señor y nuestra espiritualidad, santificación y victoria algo que realizamos por nosotros mismos o lo realizamos en el Cuerpo? Si

lo hacemos en nosotros mismos, no tiene gran valor. Hablando en términos humanos, ser espiritual es mejor que no serlo, y es mejor no cometer pecados que cometerlos. Pero desde el punto de vista de la economía eterna de Dios, a menos que estemos en el Cuerpo, ser espirituales o no serlo, pecar o no pecar, no reviste tanta importancia. Dios no busca un grupo de personas espirituales que no pequen; más bien, Él busca un Cuerpo. A los ojos de Dios, únicamente el hecho de estar en el Cuerpo tiene valor eterno. (*La unidad y la unanimidad según la aspiración del Señor y la vida y el servicio del Cuerpo según Su deleite*, pág. 39)

Lo que estorba nuestra visión del Cuerpo y nuestra práctica de la vida del Cuerpo es nuestro yo. Ciertamente practicamos la vida de iglesia sobre la base de la unidad, pero, ¿estamos siendo conjuntamente edificados? ¿Estamos relacionados y entrelazados los unos con los otros? Aunque asistamos a las reuniones, puede ser que no estemos siendo edificados conjuntamente. Es posible tener reuniones sin tener edificación. Necesitamos la visión del Cuerpo, pero esta visión nos ha de costar que neguemos nuestro yo. Si queremos ser edificados en el Cuerpo, el yo debe ser eliminado. Por esta razón es necesario ... [que veamos] la visión del yo. El yo es un gran problema para el Cuerpo.

La visión del yo está muy relacionada con el Cuerpo. Ahora estamos en el recobro del Señor, y aquí, la edificación del Cuerpo es crucial. El yo es enemigo del Cuerpo, es su mayor impedimento, su peor obstáculo y su más intenso opositor. Cuando tenemos el yo, no tenemos el Cuerpo, y cuando el Cuerpo es una realidad, el yo es eliminado. A fin de que el Cuerpo sea edificado, el yo, el alma independiente, debe ser eliminado. El yo es el ego independiente. Cuando somos independientes estamos en el yo, no tenemos paz, y el Cuerpo no puede existir.

Repito una vez más que necesitamos la visión del yo. Es imprescindible que oremos por este asunto. ¡Que el Señor nos conceda misericordia y nos muestre la visión del yo! (*La visión celestial*, págs. 35, 51)

Lectura adicional: La unidad y la unanimidad según la aspiración del Señor y la vida y el servicio del Cuerpo según Su deleite, caps. 3-4; *La visión celestial*, caps. 3-4

Iluminación e inspiración: _____

